



DECLIVE DEMOGRÁFICO Y REPRESENTACIONES DEL MUNDO RURAL

APROXIMACIÓN DESDE LA ANTROPOLOGÍA A PARTIR DE LA NARRATIVA DEL SIGLO XXI

Rufino Acosta Naranjo
Universidad de Sevilla

Resumen

En este capítulo se aborda el problema de la despoblación rural desde la perspectiva de la Antropología. En primer lugar, analiza la evolución del medio rural y expone algunas de las razones fundamentales de su declive demográfico. En segundo lugar, analiza las representaciones que se hacen de lo rural en el imaginario colectivo a partir de la actual literatura neorrural. Finalmente, plantea cómo la pandemia de la COVID-19 puede estar contribuyendo a un cambio en la imagen negativa de la vida en los pueblos, y cómo ello puede amortiguar el problema de su vaciamiento demográfico.

Abstract

This chapter addresses the problem of rural depopulation from the Social Anthropology perspective. First, it analyzes the evolution of the countryside and exposes some of the fundamental reasons for its demographic decline. Secondly, it analyzes the representations of rural life in the collective imaginary based on the current neo-rural literature. Finally, it discusses how the COVID-19 pandemic may be contributing to change the negative image of village life, and how this may dampen the problem of their demographic hollowing out.

1. Introducción

El crecimiento de la población en núcleos urbanos ha sido una constante a lo largo del tiempo. De hecho, se empieza a hablar de Historia precisamente en el momento en que aparece el fenómeno urbano como relevante, junto con el surgimiento de la agricultura, el campesinado, el Estado, la escritura o las clases sociales. Es lo que se conoce como Revolución Neolítica. A partir de ahí, la tendencia general ha sido al aumento de la cantidad de población que ha vivido en ciudades, salvo en algunas épocas históricas de ruralización, como fue el caso en la Europa del final del Imperio Romano y la Alta Edad Media. Pero no en todo Occidente sucedió algo parecido, como lo demuestra el caso del mundo árabe, con ciudades y comercio florecientes en aquel tiempo.

La concentración urbana supone también concentración de riqueza, incremento del comercio, aumento del número de especialistas liberados de las tareas agrícolas (artesanos, escribas,

soldados, sacerdotes, funcionarios, comerciantes...) y desarrollo de las comunicaciones, de la arquitectura y las artes. En ese contexto es en el que surge el campesinado, los productores agrícolas que tienen que entregar una parte de su producción a quienes les reclaman una renta o tributo por diversas razones, por arrendamiento o tenencia de la tierra, impuesto del Estado o la Iglesia... Serán los campesinos los encargados de alimentar a la gente que vive en la ciudad y que se dedica a otras actividades. Estarán sometidos no solo a la dominación de los poderosos de los pueblos, sino al poder de un Estado gestionado desde las ciudades. Las urbes crecerán gracias a su gran capacidad para la innovación, el desarrollo del comercio, la industria y para la creación cultural. El mundo rural suministrará continuamente efectivos demográficos para el mantenimiento y crecimiento de las ciudades. Pero todo ello no impediría históricamente que la población de los pueblos y campos se mantuviera y creciera.

La Revolución Industrial supuso otro cambio importante, pero para ello fue necesario previamente un proceso de acumulación de capital, que vino de la agricultura y el comercio. Igualmente necesitó de la modernización de los sistemas agrarios para incrementar el suministro de alimentos y materias primas que hicieran posible el crecimiento de la población urbana y de su mano de obra en la industria y los servicios. A su vez, las mejoras introducidas por el desarrollo urbano (por ejemplo, los productos textiles, la medicina, la farmacología y los saneamientos) permitieron la revolución demográfica. Así disminuyó la mortalidad a la vez que se mantenía aún alta la natalidad, con lo que aparecieron excedentes demográficos que nutrieron a unas ciudades en crecimiento. Pero ni siquiera las ciudades pudieron absorber ese incremento demográfico, que en muchos casos sirvió para el asentamiento de europeos en los territorios de las colonias. Ahora que los excedentes demográficos de los países del Sur se encaminan a los países del Norte, convendría recordar cómo fue ese proceso de enviar migrantes hacia el Sur.

Pero, como decimos, la migración rural no supuso hasta hace relativamente poco un problema de pérdida de población en los pueblos. Al contrario, y como vemos en el caso de España, el crecimiento de las ciudades fue en paralelo al de la población rural desde el siglo XIX hasta la primera mitad del XX, salvo en períodos muy concretos, como la pandemia de gripe (1918-1920) o la Guerra Civil (1936-1939).

El gran cambio de tendencia en el medio rural se produce con la modernización del país durante el Franquismo. En efecto, tras la autarquía que estableció la dictadura al finalizar la Guerra Civil, fue a partir de 1959, con el Plan de Estabilización, que España dejar de ser un país rural, agrario y atrasado, y se convierte en una sociedad urbana e industrial y con un gran desarrollo de la clase media. Eso sí, sin modernización política. Y todo ello se hace de una manera vertiginosa, en apenas una década, la de los años 1960, lo que traerá consecuencias en el futuro.

En efecto, y siempre visto desde el campo, tienen lugar de una manera muy rápida y a la vez varios procesos muy importantes. En primer lugar, el desarrollo de la industria y los servicios en las ciudades, que requiere de gran cantidad de mano de obra. En segundo lugar, y para pagar las inversiones, maquinaria y patentes necesarias para la modernización, se requieren

divisas, que se obtienen con la emigración española a los países centroeuropeos. De nuevo debemos recordar que los españoles fuimos inmigrantes en otros países no hace tanto tiempo.

El campo será el gran suministrador de esa fuerza de trabajo, interior y exterior. Esta huida de mano de obra dará lugar a una profunda crisis en la agricultura, que se queda sin parte de sus trabajadores y, además, se trata de la más joven y dinámica. Pero la transformación en el campo no se debe solo a eso, sino que a la vez tiene lugar el paso de la agricultura tradicional a la moderna. Las explotaciones dejan de ser relativamente autosuficientes y satisfacer también en parte las necesidades de las familias de productores, y se mecanizan en la medida de lo posible. En lo que respecta a la demografía, la consecuencia de estos dos fenómenos, éxodo y modernización agrícola, darán lugar a un descenso de la mano de obra agraria en todo el país y la crisis económica de gran parte de las explotaciones (ver el capítulo de Molinero en este mismo libro).

Todo ello se verá agravado con la crisis del petróleo de 1973. Muchas de las explotaciones son abandonadas, sobre todo pequeñas y medianas, por falta de rentabilidad o por falta de relevo generacional. En las regiones del sur, con gran presencia de asalariados agrícolas, con gran número de jornaleros, la crisis se intenta paliar con los subsidios de desempleo y los planes de empleo rural. En todo el país se instaurará una política de subvenciones agrarias. La entrada de España en la UE en 1986 supondrá una gran competencia para las producciones agrarias nacionales, pero también paliará, en parte, la pérdida de rentabilidad gracias a las subvenciones de la Política Agraria Común (PAC). Serán años de cierta amortiguación del éxodo rural, pero nunca se llegará a la recuperación de efectivos, salvo en zonas concretas de agricultura muy intensiva. En ellas es donde vemos cada vez más la presencia de población inmigrante en las faenas agrícolas.

La modernización y mecanización del campo no dejará de incrementarse entre finales del siglo XX y principios del XXI. Lo mismo sucederá con el descenso de los precios percibidos por los agricultores, que se agrava con la liberalización del comercio internacional. Sin embargo, los precios pagados por los insumos crecientes de las explotaciones serán proporcionalmente mayores cada vez. El *boom* económico de la última década del pasado siglo incrementará la demanda de mano de obra, nacional y extranjera, en las ciudades y en las zonas turísticas del litoral. La fiebre del ladrillo y la burbuja inmobiliaria serán el fenómeno más llamativo de esa época. La emigración desde el medio rural no parará, aunque se constata la llegada de inmigrantes a los pueblos para trabajar en la agricultura, no solo en la intensiva, como es el caso de las regiones del interior (las dos Castillas o Aragón) (Camarero, 2017).

La crisis de 2008 se pensó que no afectaría al campo en la misma medida que a la ciudad, pero no se tradujo en el cese del problema demográfico. Incluso bastantes inmigrantes que se habían asentado en los pueblos terminaron yéndose a la ciudad. Se decía que, frente a los efectos de la crisis, el pueblo era un refugio o un lugar de retorno para gente que vivía en la ciudad, sobre todo para los hijos que se fueron a la urbe y que ahora encontraban en el medio rural el apoyo y la acogida de sus familias. Pero el ritmo del éxodo no aminoró. No obstante, a partir

de 2017 se identifica un repunte de la llegada de inmigrantes, aunque no hay recuperación relevante de la población debido al número de fallecimientos (Camarero y Sampedro, 2020).

Pero para explicar el retroceso de la población rural hay que mirar a otros fenómenos, que unas veces están provocados por la salida de activos a través de la emigración y otras no. En efecto, los que emigran suelen ser las personas más jóvenes y dinámicas, lo que supone un envejecimiento de los pueblos. La otra consecuencia de esa emigración selectiva de jóvenes es que descende la natalidad y la nupcialidad, hay menos matrimonios. Ese descenso del número de nacimientos es aún mayor si tenemos en cuenta que en la sociedad en general hay descenso de la natalidad y en España estamos por debajo del índice de fecundidad de 2,1 hijos por mujer requerido para que la población se reproduzca (nuestro país ese sitúa en 1,3, uno de los índices más bajos del mundo). Un hecho que hace más difícil la natalidad es la falta de servicios para el cuidado de los hijos en los pueblos. La carga que han de soportar las mujeres, las principales cuidadoras aún, en el medio rural es muy pesada. Y no hablamos solo del cuidado de los hijos, sino también de las personas mayores, que son más debido al envejecimiento de una población que, cada vez más, tiene una mayor esperanza de vida (Camarero, 2017).

Como vemos, una parte del problema es común al medio rural y al urbano en los países de nuestro entorno; es lo que se llama el «reto demográfico». Como apuntamos más arriba, ha habido una transición demográfica desde tasas de mortalidad y natalidad muy altas a otras muy bajas. Como acabamos de decir, el número de hijos por mujer ha descendido hasta cifras que hacen insostenible la regeneración de la población. Pero no olvidemos que la esperanza de vida ha aumentado de una manera increíble. No hace tanto que la mortalidad infantil, y la de las mujeres que daban a luz, eran altísimas y que la edad media de vida era bastante más baja. Hemos de entender como un hecho muy positivo que las posibilidades de supervivencia de los nacidos sean tan altas y que les espere una larga vida. Ante esto, la inmigración podemos verla no como un problema, sino como una solución (Guillén, 2020).

Pero, aunque el reto demográfico afecte tanto a la ciudad como al pueblo, la crisis es más grave en los pueblos, donde el envejecimiento es mayor y la natalidad más baja. Lo que está comprometido a corto y medio plazo es la existencia física de bastantes de las localidades rurales españolas. Si antes la emigración a las ciudades quedaba enjugada por el crecimiento vegetativo positivo (el diferencial entre los que nacen y los que mueren), ahora el balance es negativo, y se suma a la salida de activos por la vía de la emigración. El punto de no retorno está cerca en muchos lugares. En general, el retroceso demográfico no se refiere solo a pequeños núcleos de población, sino que entidades urbanas mayores de 5.000 y 10.000 habitantes, por ejemplo, también pierden población, incluidas las cabeceras comarcales a las que fue emigrando también la gente de los pueblos en las últimas décadas. La metástasis avanza de manera sostenida, y a veces galopante.

2. La despoblación rural, un fenómeno complejo

Los asuntos que acabamos de abordar nos ayudan a entender el declive demográfico en el medio rural, pero el asunto es bastante complejo y las causas muchas y de muy diverso tipo (Acosta-Naranjo, 2020).

A menudo se nos dice que el problema es la falta de empleo, de infraestructuras y servicios. Es innegable que esas carencias existen, por lo que no vamos a detenernos en ello más de lo necesario. La cantidad y variedad de empleos existentes en las ciudades es un hecho, pero también es cierto que existe un desempleo considerable en el medio urbano, sobre todo en el caso de los jóvenes. El medio rural es muy diverso, y no todo él está incluido en la llamada «España vacía», como podemos ver en las zonas de agricultura intensiva de Almería, Huelva y otros lugares de España. En estos casos vemos cómo hay una demanda continua de mano de obra, puestos de trabajo que los nacionales no quieren ocupar. Estos son desempeñados por población inmigrante, gran parte de estos trabajadores no viven, o no lo hacen permanentemente, en los pueblos, sino que en muchos casos residen en zonas urbanas o periurbanas (Camarero, 2017).

No son pocos los casos de falta de mano de obra o de dificultades para encontrarla en explotaciones agrarias de esa «España vaciada», con sueldos superiores a los de la ciudad en no pocas ocasiones y con un coste de la vida bastante menor. Ahora mismo hay, por ejemplo, un déficit de veterinarios de campo, sin ir más lejos. Hay también puestos de trabajo en el campo que son ocupados por gente que vive en las ciudades o en cabeceras comarcales. A diario se desplazan a los pueblos personal docente, empleados de las administraciones públicas, farmacéuticos, veterinarios, biólogos... Véase por ejemplo el caso de muchos empleados del Espacio Natural Doñana que viven en Sevilla, Huelva o el área metropolitana sevillana. Manuel Campo Vidal (2020) señala que de los 200 funcionarios de la cárcel de Daroca (Zaragoza) solo 20 residen en la localidad, siendo la población de 1.965 habitantes.

La falta de infraestructuras es otro problema evidente. Si lo comparamos con las zonas urbanas o con las conexiones entre áreas urbanas, es clara la desventaja del medio rural. Las comunicaciones por carretera, tren o avión son mucho menores o inexistentes en los territorios rurales. Lo mismo podemos decir de las nuevas tecnologías, fundamentalmente en lo que se refiere a la fibra óptica o las redes de telefonía móvil, que no llegan a buena parte del medio rural. Pero también aquí vemos cómo incluso donde las hay, no se frena el retroceso demográfico. Es más, las carreteras y autopistas a veces contribuyen al vaciamiento, pues son las que permiten que gente que vive en las ciudades se desplace a diario a ocupar sus puestos de trabajo en el medio rural. En cualquier caso, donde hay menos infraestructuras, o no existen, hay mayor despoblamiento. Lo mismo cabe decir de los servicios y amenidades, bastante precarios o inexistentes en muchas zonas rurales. Las diferencias son abismales en comparación con la ciudad. Sin embargo, en muchos lugares de Andalucía y Extremadura, por ejemplo, la dotación de servicios no es tan alarmante y, en cualquier caso, mucho mayor que hace 40 años, cuando había mucha más población.

Un aspecto poco considerado en los diagnósticos de la recesión demográfica es la falta de vivienda para la residencia de parejas jóvenes. Al menos en el caso de Andalucía o el sur de Extremadura, que es el que más conocemos, no estamos hablando de localidades con caseríos decadentes y en ruinas, pues muchos de los pueblos están bien conservados en cuanto a calles y casas. Se da la paradoja de que, cuando planteamos iniciativas para atraer a personas que quieran vivir en el pueblo, nos encontramos con que hay pocos habitantes empadronados, pero no hay disponibilidad de casas para alquilar o para comprar a precios asequibles. Muchas de ellas están en perfectas condiciones, entre otras cosas porque son segundas residencias, en la mayoría de los casos de retornantes, personas que nacieron en el pueblo y emigraron, pero vuelven estacionalmente a su lugar de origen.

Dicho esto, y sin negar la realidad incontestable de esas carencias (en infraestructuras, servicios, vivienda...), creemos que no son suficientes para explicar el declive demográfico de nuestros pueblos. Entendemos que, más allá de esto, pesa mucho la imagen negativa que se tiene del medio rural, y el hecho de que el ideal de buena vida y timbre de estatus que domina es el urbano.

La ciudad tiene atractivos más que evidentes, como a su manera también los tienen el medio rural y el campo. Pero el dinamismo es innegable. Todo ello queda claramente reflejado en el título y contenido del libro de Edward Glaeser (2019), *El triunfo de las ciudades*. En efecto, la innovación, el dinamismo económico, social y cultural tienen como centro neurálgico la ciudad. En ella se concentran la industria, los servicios y los nodos centrales de la sociedad de la información, y, desde ella, se generan los contenidos y los imaginarios que dominan el mundo. Son innegables, además, las economías de escala que supone la ciudad, sobre todo en una sociedad de consumo y servicios, donde la concentración de la población es fundamental desde el punto de vista de la rentabilidad de los mismos. Todo ello ayuda a explicar la tendencia global a la concentración de la población en las ciudades, más concretamente en las del litoral, y la regresión demográfica del medio rural.

En el caso de España, tenemos algunos problemas adicionales que van en contra de la deseabilidad de la vida en los pueblos. En efecto, el proceso de modernización de nuestro país tuvo lugar con bastante retraso si lo comparamos con nuestros países vecinos del centro y norte europeos. La transición demográfica, que comenzó en el siglo XIX en la Europa septentrional, no comenzó aquí hasta mediados del XX. En España, la industrialización fue más débil, tardía y territorialmente desigual.

Nos encontramos en el inicio de los años 1960 de la pasada centuria con un país poco industrializado y urbanizado, eminentemente agrícola, con grandes desigualdades sociales, sin apenas clases medias y con una situación de atraso y penuria en infraestructuras y condiciones de vida en el medio rural. Grandes masas de jornaleros y pequeños campesinos vivían en situaciones bastante difíciles. El campesinado había sido ensalzado durante el primer Franquismo como modelo cultural y moral de referencia del régimen, en oposición a los obreros urbanos protagonistas de la experiencia de la Segunda República. No obstante, el propio régimen de

Franco abandonó pronto el discurso filorruralista optando por una industrialización acelerada y centrada en unos cuantos polos de crecimiento, lo que hizo que una gran parte de la población emigrara rápidamente a las ciudades, donde se les ofrecía empleo, mejores sueldos y condiciones de vidas prometedoras.

La modernización de la agricultura se produjo al mismo tiempo que ese proceso de desarrollo urbano-industrial, y los excedentes de mano de obra de la mecanización agrícola engrosaron a su vez las masas de migrantes rurales atraídos por la industria y los servicios. Por si fuera poco, los medios de comunicación de masas, especialmente la televisión, se desarrollaron plenamente en esas mismas fechas, y desde ellos se ensalzaban las luces de la ciudad y el nuevo tiempo. Los pueblos, los territorios rurales, no podían competir en esa batalla desigual de imaginarios entre lo rural y lo urbano, y quedaron estigmatizados. El medio rural no tuvo capacidad alguna de reacción, si tenemos en cuenta, además, que estaba inserto, como todo el país, en una dictadura que no permitía la acción social colectiva y la reacción al proceso crítico del campo. La crisis de la agricultura fue una parte más de una crisis global en los pueblos, una crisis demográfica, social y cultural.

Lo vertiginoso del proceso y la velocidad del cambio también fueron en contra de la reestructuración y recuperación de lo rural. Así, la asociación de campo y pueblo con la idea del atraso fue potente y persistente en todos los sentidos. El estigma aún perdura. Nuestra situación es muy diferente de la de, por ejemplo, Francia, donde el campesinado, fortalecido por los procesos de reparto de las tierras de la Iglesia y la nobleza durante la Revolución Francesa, ha sido un referente nacional, y donde el campo es un paisaje sentimental compartido más allá del medio rural.

La imagen del paisaje en España ha estado lastrada por una visión pesimista, y las reflexiones sobre el mismo se ven impregnadas de una dimensión moral en general negativa, triste, como espejo del llamado problema de España, de su sino y de su identidad nacional (Del Molino, 2016). Por el contrario, en el caso francés, la fuerza simbólica del campesinado ha sido mayor de lo que cabría esperar por su importancia económica. Las reivindicaciones de los agricultores galos, incluida la quema de camiones y productos agrarios españoles, han contado siempre con simpatías en la sociedad francesa en general, cosa que no ocurre en otros países.

Se podría haber esperado una revitalización de lo rural a partir del moderno desarrollo de la conciencia ecológica en la sociedad, así como de las propuestas de un nuevo *contrato social* con el campo, habida cuenta de los servicios ambientales de los ecosistemas, la calidad de los alimentos o los valores culturales de la vida rural, pero la realidad es que, en España, estos factores apenas han tenido incidencia en el freno del declive demográfico y el deterioro económico de los territorios rurales. Los llamados neorrurales han sido, en la práctica, un aporte insignificante a la población y la vida local. Como dijimos más arriba, los inmigrantes que llegaron a los pueblos del interior rural en los años 1990 y principios de los 2000 se marcharon en parte, aunque, como dijimos, últimamente se aprecie un repunte en la llegada al medio rural, especialmente asociados al ámbito de los cuidados (Camarero y Sampredo, 2020).

Con el proceso de globalización aumentó la urbanización del país. Las gentes emigraron de los campos a los pueblos, de los pueblos a las cabeceras comarcales y a las capitales provinciales, regionales o nacionales y, en las pasadas décadas del presente siglo XXI, personas de todos estos núcleos urbanos emigraron a metrópolis extranjeras. Vivir en una ciudad, y sobre todo en una gran ciudad, lejana y cosmopolita a ser posible, pasó a ser timbre de estatus. Son evidentes los problemas que las concentraciones urbanas suponen, así como los desequilibrios metabólicos, es decir, la energía y recursos que consumen y los residuos que generan, la congestión, los guetos urbanos... Se reconocen estos problemas, pero no se plantea que sea algo crítico, ni tampoco sirve para estigmatizar lo urbano.

Pero no es de eso de lo que queremos hablar aquí, sino de su contrapartida, de la estigmatización, dura y blanda, del mundo rural y de la vida en los pueblos, y referido siempre al caso de España. Para ello, a modo de ejemplo, daremos un somero repaso a la imagen que se proyecta en el mundo de los libros sobre la vida en los pueblos desde el inicio del milenio.

3. Las representaciones de lo rural en la literatura

Desde hace una década, ha tenido lugar en España cierta revitalización de la literatura sobre los pueblos, que contrasta con el declive ocurrido en la segunda mitad del pasado siglo XX, cuando la novela, el teatro y la poesía de temática rural sufrieron un retroceso paralelo al de la presencia de la agricultura y el mundo rural en la sociedad española de ese periodo.

No quiere decir eso que, a escala local, provincial o comarcal, no siguieran escribiéndose obras sobre esa temática en los años 1960-2000. De lo que hablamos es de que la temática rural no ha tenido una presencia significativa en el ámbito nacional durante ese periodo. Centrándonos en la novela, tendríamos que remontarnos al maestro Delibes como figura más conocida y valorada por el público en general. Más restringida es la popularidad y el conocimiento de la obra de otros escritores notables. Destacaríamos aquí a Luis Mateo Díez, especialmente a su magna trilogía de Celama, pero que está acompañada por varios libros más centrados en el mundo rural leonés. Otro escritor notable en el ámbito de la temática rural es Julio Llamazares (1988 y 1997), que cuenta con una obra de ficción menos amplia, pero no menos importante. Abandonó la poesía después de sus inolvidables *Memoria de la nieve* y *La lentitud de los bueyes*, obras de honda alma rural, pero escribió uno de los libros que actualmente es la referencia de la literatura sobre la España vacía (o vaciada), *La Lluvia amarilla*. Además, cuenta en su haber con un buen número de libros de viajes, en los que los campos y los pueblos aparecen continuamente, y es una de los grandes reivindicadores de los valores del mundo rural. Por su temática y continuidad, Díez y Llamazares son, para mí, los dos autores, digamos, más clásicos y reconocidos en la literatura rural de finales del siglo pasado e inicios de este, aunque no los únicos, evidentemente, pues además tenemos otros autores, curiosamente, o no tan curiosamente, también castellanos o leoneses, como José Jiménez Lozano, José María Merino o Moisés Pascual Pozas, aunque evidentemente, por razones de espacio, no haremos mención

a algunos otros menos reconocidos. Ellos serían un ejemplo de nexo de continuidad entre la literatura de ambos siglos en el asunto que nos ocupa.

Caso aparte merece la gran obra de Antonio Muñoz Molina (1991) *El jinete polaco* que, como hemos señalado en otra publicación (Acosta-Naranjo, 2020), supone la disección más certera de la desafección hacia el pueblo, su vida y su cultura por parte de la juventud rural de la España crecida en la modernización de los años sesenta.

Pero la llamada literatura neorrural ha sido cosa de la segunda década del presente siglo XXI. Los más reconocidos como parte de este grupo son una serie de autores nacidos mayormente después de 1980. Se trataría fundamentalmente de Jesús Carrasco (*Intemperie; La tierra que pisamos*), Santiago Lorenzo (*Los asquerosos*), Iván Repila (*El niño que robó el caballo de Atila*), Jenn Díaz (*Belfondo; Es un decir*), Lara Moreno (*Por si se va la luz*), Oscar Esquivias (*La marca de Creta*), Alberto Olmos (*Alabanza*), Ginés Sánchez (*Lobisón*), Manuel Darriba (*El bosque es grande y profundo*), José Antonio Abella (*Crónicas de Umbroso*), Pilar Adón (*Las efímeras*) y Rafael Navarro (*La tierra desnuda*).

Aunque evidentemente cada autor y cada libro son un universo particular, y toda generalización es injusta, me atrevo a decir que, en la mayoría de estos textos, no podemos encontrar desde luego un relato ilusionante sobre la vida en el mundo rural o, al menos, la defensa de las comunidades rurales. Algunas novelas hablan de la huida al pueblo como una opción de vida, de una especie de literatura robinsoniana en la «España vacía». Por ejemplo, Lara Moreno (2013) lo hace en positivo, como una defensa de esa apuesta por una forma de vida y una especie de pequeña comunidad de un reducidísimo grupo de personas. Santiago Lorenzo (2018), por el contrario, nos habla de una huida a un pueblo abandonado como alegato contra la vida social, un monumento a la misantropía. La novela de Alberto Olmos (2014) tiene como escenario un pueblo casi deshabitado, donde además nació y vivió el protagonista, que también tiene una terrible vivencia de él.

Otros libros apuestan claramente por el mundo rural o la ambientación en lo rural como una metáfora (eso suelen decir cuando quieren disculpar la creación de algo *horroroso* y exponerlo como una generalización sobre la condición humana), como un trasunto de cierta visión del mundo. Por desgracia, este recurso tiene gran tradición en la literatura en castellano. Hay lugares míticos, espacios de ficción, que forman parte de la historia de la novela y que son un ejemplo del dolor, la desolación y la opresión, de la miseria de la condición humana. Así tenemos el caso de Juan Rulfo con Comala, Juan Benet con Región o Luis Mateo Díez con Celama, entre las grandes obras de nuestra cultura. Por esa inercia o por el estigma que tiene lo rural, está claro que algo de ello se filtra en esta literatura neorrural.

En este sentido, el mencionado Jesús Carrasco (2013 y 2016) nos presenta en *Intemperie* una continuación tremendista de la Extremadura rural del Pascual Duarte de Cela, y en *La tierra que pisamos*, una distopía colonialista y opresora en esa misma región. Iván Repila (2013) y Manuel Darriba (2013) sitúan en espacios rurales historias tan tremendas y desoladoras como las de Carrasco. Ginés Sánchez (2012) muestra igualmente estampas de crueldad en la vida en el pueblo y muestra la itinerancia por España de una persona con discapacidad. Pilar

Adón (2017) se adentra en un mundo asfixiante y duro de una colonia en el campo. En sus dos novelas Jenn Díaz (2011 y 2014) nos presenta las comunidades rurales como lugares de los que escapar. La huida del pueblo es también la salvación en el caso de José Antonio Abella (2001). En Rafael Navarro (2019), por el contrario, tenemos la recreación de la biografía de un hombre de un pueblo de la montaña granadina que no se centra en los aspectos desgarradores, aunque no los elude. Sin embargo, es más bien el testimonio de una forma de vida que desaparece y en la que apenas se llega a los tiempos actuales.

En resumen, en esta literatura, lo que no son pueblos al borde de la desaparición, son mundos pasados o universos opresivos. No vemos una contemporaneidad rural de pueblos con gente, no vemos vidas que no sean oscuras y dolorosas, sitios de los que marcharse.

Con el precedente de un autor de generaciones pasadas y ya fallecido, como es Jiménez Lozano (1993, 2001 y 2007), en la estela del magisterio de Delibes, la excepción a todo ello sería la de Óscar Esquivias (2008), en cuya obra podemos encontrar algunos relatos contemporáneos y no estigmatizantes del medio rural. También Moisés Pascual Pozas (1980, 2002 y 2005), en *Los descendientes del musgo* y *Las voces de Candama*, nos sumerge en una especie de Comala o Spoon Rivers, pero en su libro *Espejos de humo* podemos reconocer la nueva ruralidad, una ruralidad más equilibrada y reconocible en la contemporaneidad, con luces y sombras, pero sin un mensaje final inequívocamente derogatorio sobre el pueblo.

No diría que me ha sorprendido no encontrar casi ningún libro, bien sea novela o bien relato corto, que trate al pueblo desde la vida normal y cotidiana de la gente del medio rural de hoy. Parece que no hubiera contemporaneidad rural si no es la de la soledad, el sufrimiento, el abandono o la huida.

Llegados a este punto, un texto que merece consideración aparte es el de la manchega Ana Iris Simón (2020), y ello por varias razones. Su libro *Feria* es un texto de género híbrido, entre la autobiografía sentimental, el retrato de generación y el ensayo, y todo ello sobre una prosa que, a menudo, rebosa de lirismo y que no deja indiferente a nadie. *Feria* es, entre otras cosas, un homenaje y reconocimiento a las personas de la familia de la autora y un canto a su tierra y su pueblo. Especialmente vibrante resulta la parte en la que la autora dialoga con un futuro hijo para explicarle lo que es un pueblo. Pero en lo que respecta al objetivo central de mi artículo, a la necesidad de un relato contemporáneo, vivo y esperanzador sobre la ruralidad, a mi entender *Feria* es el texto que mejor responde a esas demandas, y estoy seguro de que, en los años venideros, será un referente en la lucha por ese relato de la ruralidad contemporánea desacomplejada. En esa misma línea ya apuntaba, el libro *Seré un anciano hermoso en un gran país*, de Manuel Astur (2016), también un joven que lleva a cabo ese retrato generacional y de memoria personal donde lo rural se muestra sin atavismos ni estigmas.

En ambos casos, además, hay una defensa de una visión progresista, sin complejos y reivindicativa, de la idea de España como concepto y como referente identitario, que tanto ha sido despreciada por ciertas ideologías o grupos que se consideran de izquierdas y reniegan de esa identificación nacional, refiriéndose al país como Estado español o perífrasis similares, a la

vez que se subrogan al marco conceptual y al imaginario de los nacionalismos periféricos. En este sentido, también es significativa la diferente sensibilidad hacia la cuestión nacional que existe en las zonas rurales, en la España interior, donde esa desafección hacia España es casi anecdótica. En este sentido, hay que tener en cuenta cómo al frente de la designación de todo un movimiento reivindicativo y de denuncia de la situación de una parte del país, aparece la palabra España, ya sea, vacía, vaciada o despoblada.

Entrando brevemente a considerar obras que no tienen una vocación literaria, han hecho fortuna las que tienen como tema la España en despoblación. La primera de ellas es el libro de Sergio del Molino (2016) *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*. El texto tuvo la gran virtud de hacer visible una realidad que la sociedad no conocía, y dio nombre a un fenómeno que estaba pasando desapercibido, la despoblación rural. Incluso el concepto sirvió para hacer entender a los que habitaban en muchos pueblos cuál era su situación y la tendencia que les esperaba. A partir del libro y su secuela, muchos se enteraron de que ellos eran la «España vacía». Se trata de un ensayo interesante y que marcará época, al que siguieron muchos otros que pasaron a etiquetarse como libros sobre la España vacía, una especie de género. Entre ellos destacan los de Virginia Mendoza (2017), *Quién te cerrará los ojos. Historias de arraigo y soledad en la España rural*, y Paco Cerdá (2017), *Los últimos. Voces de la Laponia española*; y en ambos se va relatando la vida de gentes que habitan mayoritariamente en localidades semiabandonadas, aunque no en todos los casos. Aunque evidentemente sirven para dar voz a las gentes de estos sitios, también han contribuido a asociar el fenómeno de la progresiva despoblación solo con pueblos al borde de la desaparición.

María Sánchez (2007, 2009 y 2011) le ha dado a toda esta producción de relatos sobre los últimos habitantes de pueblos exangües el nombre de *literatura sepulturera*. Aunque pueda parecer injusto, porque, como ya digo, ha sido una forma de hacer ver a la sociedad española el problema del declive demográfico, la de María Sánchez es una designación muy oportuna en tanto que contribuye a denunciar, de nuevo, una imagen parcial y estigmatizadora de lo rural, aunque esté llena de buenas intenciones. La «España vacía» pasó a llamarse la «España vaciada», pero es un nombre que sigue sin hacer justicia a la vitalidad, dinamismo y diversidad de una España rural que, no obstante, está seriamente amenazada. La designación de «España despoblada», como propone Campo Vidal, tampoco da cuenta de esa realidad. A mí personalmente me parece más ajustada la denominación de «España menguante» que propone Julio Llamazares.

Pero volviendo a María Sánchez, es autora de tres textos que reivindican y dignifican la vida rural y sus valores desde una perspectiva feminista. *Tierra de mujeres. Una mirada íntima y familiar al mundo rural* constituye una reflexión personal y una remembranza de homenaje, sobre todo a las mujeres de su familia que vivieron en el medio rural. *Diario de campo* es un poemario donde también lo rural está muy presente, mientras que en *Almáciga* se recogen palabras propias del campo como una manera de poner en valor una cultura y una forma de vida. El hecho de ser una mujer que vive y trabaja en el medio rural (es veterinaria), y que escribe en su defensa, ha ayudado a que su obra se haya convertido en una referencia en la reivindicación de la ruralidad, y evidencia además la necesidad de voces poderosas que contribuyan a ello.

No entro a considerar muchos de los libros de ensayos o textos que no son literarios sobre el mundo rural, pero que están contribuyendo a esta reivindicación de la vida en los pueblos y el campo, pero sí citaré algunos. En este sentido ha tenido cierta repercusión *Donde viven los caracoles*, una colección de artículos periodísticos de Emilio Barco (2019). Especialmente interesante es la colección de ensayos y reflexiones *Vidas a la intemperie. Nostalgias y prejuicios sobre el mundo campesino*, de Marc Badal (2018), activista en la recuperación de pueblos abandonados y autor de uno de los textos más lúcidos sobre el final del campesinado en España y sobre la vida rural. El reciente libro del periodista Manuel Campo Vidal (2020) *La España despoblada. Crónicas de emigración, abandono y esperanza*, transita desde la memoria personal de la emigración, al repaso por los procesos migratorios en España a lo largo del tiempo, las causas de la despoblación o las iniciativas contra ella.

Finalmente, quiero señalar en pocas líneas lo llamativo, pero estimulante, que resulta que la dignificación literaria de lo rural, la insistencia en un mensaje vivencial positivo, lo estemos encontrando en la poesía. En este sentido, es de destacar la obra de Olga Novo (2013 y 2020), Premio Nacional de Poesía en 2020 por su libro *Felicidad*. En gran parte de su obra es continua la evocación y el canto al mundo rural gallego, a su aldea natal, su naturaleza y sus gentes. Lo mismo podemos decir de Hasier Larretxea (2015 y 2018) para el caso de su pueblo en el Pirineo navarro con su libro *Niebla fronteriza*, quien, además, lleva a cabo una de las *performances* más sugerentes de que tengo noticia respecto al tema que tratamos. La realiza junto con su familia, pues su madre o él leen poemas del propio Hasier mientras su padre, famoso aizkolari, corta troncos sobre el escenario. Larretxea también es autor de *El lenguaje de los bosques* un texto en prosa, pero con un tono poético a veces, sobre los bosques y la vida y el trabajo en ellos, que es una defensa de esos ecosistemas y los mundos en torno a ellos.

La antología de Pedro Domene (2018) *Neorrurales. Antología de poetas de campo* recoge textos de ocho autores que han vivido en el campo, incluidos el mentado Hasier Larretxea, siendo quizás uno de los más conocidos Fermín Herrero (2002), autor del libro *Tierras altas*, en que cuenta y canta la vida de las tierras altas de Soria. Además de estos, se incluyen poemas de Alejandro López Andrada, Reinaldo Jiménez, Sergio Fernández Salvador, Josep M. Rodríguez, David Hernández Sevillano y Gonzalo Hermo.

Pero, como decimos, a la vez que la agricultura perdía peso en la economía y la población rural decrecía frente a la urbana, también fue desapareciendo el campo de la poesía española, y mucho hay que esculcar en las bibliotecas para encontrar obras de altura literaria y temática rural de autores que trasciendan las lindes de sus propios terruños. Todo ello es sintomático de la poca importancia que se da a la vida rural más allá del medio rural mismo. El renacer en la pasada década de la literatura que de una u otra forma tiene como centro o trasfondo el mundo rural, a pesar de la visión generalmente sesgada y negativa que hemos señalado en este capítulo, no sabemos si será una moda pasajera o el inicio de una nueva tendencia, que quizás se vea alentada por los recientes fenómenos asociados a la pandemia.

4. Consideraciones finales

El proceso de regresión demográfica de la mayor parte de las zonas rurales españolas, y la imagen negativa de lo rural, parecían imparables a mediados de la década pasada en el conjunto de la sociedad. Como venimos diciendo, apareció un fenómeno de alcance nacional, que empezó a mirar hacia lo rural, dando lugar al surgimiento del concepto de la «España vacía o vaciada» y la visibilización de las iniciativas y plataformas de lucha contra el vaciamiento de los pueblos.

La consideración de la despoblación como un problema de Estado por la Conferencia de Presidentes de las Comunidades Autónomas (2017), el surgimiento de consejerías y otros órganos relativos a la despoblación rural, la consolidación o nueva creación de plataformas en este sentido, la irrupción en las Cortes con un escaño en el Congreso y dos en el Senado de «Teruel Existe», las manifestaciones en Madrid de la España vaciada, con el famoso manifiesto de marzo de 2019, la institucionalización el Día del Orgullo Rural (por el sindicato UPA) o finalmente la Estrategia del Reto Demográfico elaborada en 2021 por el Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico (MITERD) fueron exponentes de una nueva visión pública de un problema de larga trayectoria, pero que súbitamente pasaba a primer plano de la actualidad. Esa nueva sensibilidad en la opinión pública y las administraciones ha traído aparejado un tratamiento más bien condescendiente o paternalista sobre este asunto. Como hemos dicho, hasta muy recientemente se prestaba a una visión bastante sesgada del problema de la regresión demográfica, que, como se sabe, afecta no solo a las pequeñas poblaciones, y se mostraba por lo general la despoblación como la situación de núcleos muy pequeños y sin servicios ni actividad, en los que solo quedaban unos cuantos viejos. La idea de «vacío», la ausencia de vida, era una constante en el retrato de los pueblos.

No había animosidad o rechazo hacia los territorios rurales; se consideraba deseable que la situación cambiara, y no se representaba la reivindicación como algo amenazante. De ahí la transversalidad de ese sentimiento de simpatía. Ahora bien, otra cosa es la consideración de la vida rural como deseable, como una realidad o un proyecto de vida. Aunque fuese un tópico la vida descansada y saludable en el pueblo, y su contrapartida, la conciencia de la aglomeración, el estrés, la contaminación y otros males asociados a la ciudad, nada de ello impulsaba a ver el regreso a lo rural como deseable, más allá de una escapada puntual a un alojamiento de turismo rural o unas vacaciones.

Desde el mundo académico o desde las iniciativas de resistencia a la despoblación rural se ha esperado algún tipo de cambio de tendencia inducido por fenómenos económicos, ecológicos o de otro tipo, más bien como un deseo, una esperanza vaga de que esto cambiase. Se miraba como referencia, por ejemplo, al declive del mundo urbano del final del Imperio Romano. Frente a la evidencia de la imparable urbanización global, se albergaba una especie de fe en que el futuro tuviera más imaginación que los profetas. En muchos de nosotros se escondía un sentimiento de melancolía e inevitabilidad del ocaso rural, de que todo tiene su fin.

En esas estábamos cuando apareció un fenómeno global, inesperado y terrible, la pandemia de la COVID-19. Con ojos de 2019, lo vivido en 2020 bien puede representarse como una distopía. Los ciudadanos del tercer milenio tenían que vivir confinados en sus casas, la actividad económica quedaba prácticamente anulada, muchos de los derechos y libertades suspendidos y, en definitiva, las normas básicas de la vida social, las rutinas en las que no reparamos por evidentes, cuestionadas y rotas.

Una sociedad urbanoindustrial desarrollada, en plena era de la información, de la inteligencia artificial y del imperio de la innovación tecnológica vertiginosa, era cuestionada y paralizada por unos pequeños microorganismos de una biosfera que creíamos dominada por la ciencia y la técnica. La economía financiarizada, global e indomable resulta que sí que estaba sometida a las leyes de la biología y las constricciones de los ecosistemas. Somos organismos sumamente vulnerables, pero lo habíamos olvidado.

En este contexto, resultó que los agricultores no fallaron en el suministro de los alimentos que la población deseaba, y su papel se hizo más evidente. La actividad económica en los sectores productivos rurales se resintió menos que en la ciudad. Las cadenas de contagios eran más controlables en los pueblos, que se convirtieron en refugio, en puerto seguro para gentes de las ciudades, temerarias e irresponsables en algunos casos en su huida. Las condiciones de vida y las dinámicas de concentración de la población, en el trabajo, los transportes, los centros comerciales y de ocio, que resultaban tan atractivas de la urbe, pasaban a verse más bien como trampas en un nuevo escenario. La inseguridad y la amenaza a la salud y la vida eran menores en los pueblos y los campos, la desescalada era más factible y rápida. La pandemia en general se vivió mejor en los pueblos. Se pusieron en duda convicciones y percepciones esenciales para el mundo urbano de la globalización. Los que esperábamos un cambio en las dinámicas territoriales rural-urbano habíamos venido utilizando la metáfora biológica, aplicada a lo económico y físico, para decir que el metabolismo urbano podría presentar limitaciones que harían inviable el crecimiento del sistema urbano, pero no intuimos que lo biológico no fuera solo una metáfora, sino una realidad, la del contagio y las mutaciones de los microorganismos.

A la vez que temblaron los cimientos de la economía centrada en el mundo urbano, creció la ola de simpatía hacia lo rural, alentada entre otras cosas por el comercio electrónico y el impulso que recibió el teletrabajo y la posibilidad de hacerlo desde los pueblos y campos. Tenemos, por tanto, abierto un claro en el bosque de la despoblación rural, tanto por las nuevas oportunidades y seguridades que ofrecen los campos y pueblos desde el punto de vista económico y sanitario, como por el giro en la percepción de lo rural en cuanto a las relaciones personales cercanas, los ritmos de una vida menos azorada, la desconcentración o el disfrute de los ecosistemas.

Quizás todo ello sea una oportunidad para mantener y atraer población, aprovechando una salida keynesiana, inclusiva y verde a la crisis económica que la pandemia generó. Pero a ello tiene que colaborar un nuevo relato sobre lo rural, en el que los medios de comunicación, el arte y la literatura tienen que contribuir para que el ideal de buena vida, la brújula de lo deseable, no apunte solo a las ciudades.

Referencias bibliográficas

- ABELLA, J. A. (2001): *Crónicas de Umbroso*. Salamanca, Anaya Infantil y Juvenil.
- ACOSTA-NARANJO, R. (2020): «El final del mundo rural. Ciudad y despoblación al comienzo del milenio»; en PFEILSTETTER, R. y ACOSTA NARANJO, R. dirs.: *Pensar el pensamiento de otros. Escritos en homenaje al profesor Elías Zamora*. Sevilla, GICED.
- ADÓN, P. (2017): *Las efímeras*. Barcelona, Galaxia Gutemberg.
- ASTUR, M. (2016): *Seré un anciano hermoso en un gran país*. Madrid, Silex.
- BADAL, M. (2018): *Vidas a la intemperie. Nostalgias y prejuicios sobre el mundo campesino*. Logroño, Pepitas de Calabaza.
- BARCO, E. (2019): *Donde habitan los caracoles. De campesinos, paisajes y pueblos*. Logroño, Pepitas de Calabaza.
- CAMARERO, L. A. (2009): «¿Por qué hay menos mujeres en las áreas rurales?»; en *XV Informe Socioeconómico de la Agricultura familiar en España*. Madrid, Fundación de Estudios Rurales.
- CAMARERO, L. A. (2017): «Por los senderos de la despoblación rural: notas desde la diversidad social»; en *Documentación social*, 185; pp. 19-35.
- CAMARERO, L. Y SAMPEDRO, R. (2020): *La inmigración dinamiza la España rural*. Observatorio Social, Fundación La Caixa. <https://observatoriosociallacaixa.org/-/la-inmigracion-dinamiza-la-espana-rural>
- CARRASCO, J. (2013): *Intemperie*. Barcelona, Seix Barral.
- CARRASCO, J. (2016): *La tierra que pisamos*. Barcelona, Seix Barral.
- CERDÁ, F. (2017): *Los últimos. Voces de la Laponia española*. Logroño, Pepitas de Calabaza.
- DARRIBA, M. (2013): *El bosque es grande y profundo*. Barcelona, Caballo de Troya.
- DEL MOLINO, S. (2016): *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*. Madrid, Turner.
- DÍAZ, J. (2011): *Belfondo*. Barcelona, Principal de los Libros.
- DÍAZ, J. (2014): *Es un decir*. Barcelona, Lumen.
- DOMENE, P. (Dir.) (2018): *Neorrurales. Antología de poetas de campo*. Córdoba, Almuzara-Berenice.
- ESQUIVIAS, O. (2008): *La marca de Creta*. Madrid, Ediciones del Viento.
- GLAESSER, E. (2019): *El triunfo de las ciudades. Cómo nuestra mejor creación nos hace más ricos, más inteligentes, más ecológicos, más sanos y más felices*. Barcelona, Taurus.
- GUILLÉN, M. (2020): *Viajando al fin del mundo tal y como lo conocemos. Cómo la colisión de las grandes tendencias actuales modelará el futuro de todo*. Barcelona, Deusto.

- JIMÉNEZ LOZANO, J. (1993): *El cogedor de ancianos*. Barcelona: Anthropos; (2007): *La piel de los tomates*. Madrid, Encuentro Editorial; (2001): *Un hombre en la raya*. Barcelona, Seix Barral.
- LARRETXEA, H. (2015): *Niebla fronteriza*. Almería, El Gaviero.
- LARRETXEA, H. (2018): *El lenguaje de los bosques. Un diálogo con el paisaje, con el tacto y el olor de la madera*. Madrid, Espasa.
- LLAMAZARES, J. (1997): *La lentitud de los bueyes. Memoria de la nieve*. Madrid, Hiperion.
- LLAMAZARES, J. (1988): *La lluvia amarilla*. Barcelona, Seix Barral.
- LORENZO, S. (2018): *Los asquerosos*. Barcelona, Blackie Books.
- MENDOZA, V. (2017): *Quién te cerrará los ojos. Historias de arraigo y soledad en la España rural*. Madrid, Libros del K.O.
- MORENO, L. (2013): *Por si se va la luz*. Barcelona, Lumen.
- MUÑOZ MOLINA, A. (1991): *El jinete polaco*. Barcelona, Planeta.
- NAVARRO, R. (2019): *La tierra desnuda*. Madrid, Alfaguara.
- NOVO, O. (2013): *Los líquidos íntimos*. Palencia, Cálamo.
- NOVO, O. (2020): *Felizidad*. Tarazona, Olifante.
- OLMOS, A. (2014): *Alabanza*. Madrid, Random House.
- PASCUAL, M. (1980): *Los descendientes del musgo*. Cáceres, El Broncense.
- PASCUAL, M. (2002): *Las voces de Candama*. Burgos, Dosssoles.
- PASCUAL, M. (2005): *Espejos de humo*. Burgos, Dosssoles.
- REPILA, I. (2013): *El niño que robó el caballo de Atila*. Barcelona, Libros del Silencio.
- SÁNCHEZ, G. (2012): *Lobisón*. Barcelona, Tusquets.
- SÁNCHEZ, M. (2017): *Cuaderno de Campo*. Madrid, La Bella Varsovia.
- SÁNCHEZ, M. (2019a): *Tierra de mujeres. Una mirada íntima y familiar al mundo rural*. Barcelona, Seix Barral.
- SÁNCHEZ, M. (2019b): *Almáciga: Un vivero de palabras de nuestro medio rural*. Barcelona, Geoplaneta.
- SIMÓN, A. I. (2021): *Feria*. Madrid, Círculo de Tiza.